

## EL VELORIO (ANTIGUA TRADICIÓN DE CUEVAS)

MIGUEL FLORES GONZÁLEZ GRANO DE ORO (1879-1936)

*A mi querido amigo José María  
Martínez y Álvarez de Sotomayor*

En una de las habitaciones de la única planta de que la casa se compone, vése el ataud de un niño de pocos meses, por la muerte del cual se celebra el velorio, como señal de regocijo, pues criatura de tan tierna edad necesariamente tiene que ir al Cielo, según reza un cantar popular.

El niño, con su carita de ángel tendidito en su cunita mortuoria, vestido de blanco y rodeado de flores, más que muerto parece dormido, sonriendo a las curiosas mujeres que entran a verle y que se deshacen en exclamaciones y frases encomiásticas a la hermosura y placidez de su semblante.

En la inmediata habitación suenan guitarras, bandurrias y castañuelas, corre el vino a costa de los que sacaron de pila a la criatura; y mozas y mozos bailan sin cesar.

Suena la media noche en el reloj de la torre parroquial: la alborotadora turba juvenil se marcha a recorrer la aldea y a poco sólo se percibe el rumor lejano de las coplas que en loor del muertecillo y sus compadres entonan, y en la casa solo se escuchan los sollozos de la madre, a quien tratan de consolar, sin lograr conseguirlo, las mujeres que la rodean o la que sirvió de madrina al tierno fruto de sus entrañas.

Comienza a despuntar el día, y la afligida madre llora... Llorando, pensando que pronto se llevarán al cementerio el mamoncillo que era todo su encanto, del que no volverá a sentir en el pecho los rosados labios...

Rompen el silencio las voces de los que recorran el pueblo y suena una copla algo confusa por la distancia:

*«A la comadre del muerto,  
si quiere que le cantemos,  
saque sillas y sillones  
para que nos asentemos».*



Miguel Flores.  
Hacia 1905.

Y más próxima la siguiente, que cae como gota de cicatrizador bálsamo, en el lacerado corazón de la madre:

*«A la comadre del muerto  
Le cantaremos victoria,  
que un ahijado que ha tenido  
se lo han llevado a la Gloria...»*

¡Oh popular constumbre! ¡Cuántas veces te he maldecido al ser despertado por lo cantos que las hermosas hijas del pueblo en la calle entonaban! Pero pasado el primer momento, no he podido menos de admirar lo que crearon nuestros abuelos, obedeciendo a un tierno y sencillo sentimiento religioso. Te tacharán de bárbara, pues la muerte de un semejante no debía ser motivo de jolgorio; pero de todas las tradiciones españolas eres la más hermosa, que el pueblo regocijándose por la muerte de un niño que, libre de todo pecado, entrega su alma a Dios, cumple las creencias que tiene hondamente arraigadas, y más de una madre habrá mitigado su dolor al comprender que el cantar dice verdad, y que su querido hijito se marchó a disfrutar la Gloria, ahorrándose el trabajo de ganarla en este mundo a trueque de penalidades, fatigas, miserias, dolores y bajezas que hubieran apartado su alma de la escabrosa senda que siguen los bienaventurados, para llegar al Cielo, que él a tan poca costa alcanzará.